LA SUSTANCIALIDAD DEL TIEMPO EN BERGSON

JESUS ALVAREZ ARROYO

En el libro VII de la metafísica de Aristóteles, encontramos unas palabras que destacan con acierto la significación que el tema de la sustancia tiene para la filosofía. Según Aristóteles la raíz de esta importancia nace de su condición entitativa. Examinando el contenido de la analogía del ser, nos encontramos con la verdad indiscutible de que la «ousia» (la sustancia) es *lo que es* de un modo primero y absoluto; por ella es por lo que tienen realidad los accidentes, cuyo ser es, por esto mismo, relativo y fundado en el ser de la sustancia. Frente a los accidentes, la sustancia es lo «hypokeímenon», lo subyacente. En la sustancia está la clave del ser. Por eso, no es extraño que, siendo la metafísica, «la ciencia del ser», nos llegue a decir Aristóteles: «Y así las indagaciones de antes y de ahora y de siempre; la pregunta que eternamente se formula: «¿qué es el ser?», viene a reducirse a esta otra: «¿qué es la sustancia?»... Por lo cual también nosotros de un modo principal y primero y, por así decirlo único, debemos investigar qué es la sustancia» [1].

Si esto que nos dice Aristóteles, refiriéndose a la sustancia, es cierto, no lo es menos que el tema de la sustancialidad nos lleva, en la investigación filosófica, al problema del cambio y del movimiento. En realidad, el hecho del cambio es lo que pone en marcha a la filosofía, según nos dice el mismo Aristóteles [2]; porque intrigados por el cambio, los filósofos buscan lo que permanece y se salva a través de las mutaciones. Lo que permanece a través de los cambios, es la sustancia o parte de ella [3].

1. Metaf, Z, 1, 1028bl-7.
2. Metaf, A. 2, 982b11-17.
3. Metaf. A. 3, 983b8-11.

Universidad Pontificia de Salamanca